Mujeres de Roma

SEDUCTORAS, MATERNALES, EXCESIVAS

COLECCIONES DEL MUSEO DEL LOUVRE



Río Sarno y dos ninfas, siglo I d. C. Fresco. Musée du Louvre
© Musée du Louvre, Dist. RMN-Grand Palais / Anne Chauvet



Las tres Gracias, siglo II d. C. Mármol. Musée du Louvre
© RMN-Grand Palais (Musée du Louvre) / Hervé Lewandowski



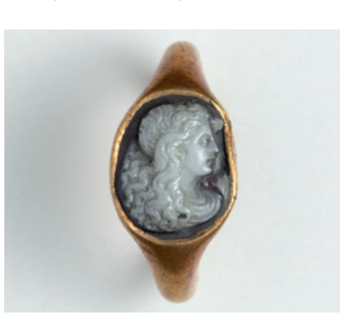
Retrato de mujer, mediados del siglo II d. C. Pintura sobre tabla. Musée du Louvre © Musée du Louvre, Dist. RMN / Georges Poncet



Combate de Amazonas (detalle), siglo I a. C. – siglo I d. C. Arcilla. Musée du Louvre
© C2RMF, Anne Chauvet



Deméter y Coré, siglo I a. C.- siglo I d. C. Anillo de oro. Musée du Louvre © RMN-Grand Palais (Musée du Louvre) / Hervé Lewandowski



Camafeo en forma de cabeza de mujer, fecha desconocida. Oro y sardo. Musée du Louvre © RMN-Grand Palais (Musée du Louvre) / Hervé Lewandowski



Venus, 2ª mitad del siglo I a. C. Lámpara de arcilla. Musée du Louvre
© RMN-Grand Palais (Musée du Louvre) / Stéphane Maréchalle

Mujeres de Roma. Seductoras, maternales, excesivas es una exposición que traza un recorrido exhaustivo y propone una mirada poliédrica sobre las imágenes asociadas al mundo femenino en esa antigua civilización.

Está formada por una selección de piezas de primer orden procedentes de las colecciones del Museo del Louvre que ponen el foco sobre aquello que resultaba más próximo a las mujeres romanas: la decoración doméstica que las rodeaba y los objetos que las acompañaban en su vida cotidiana.

La literatura antigua y los mitos clásicos dan cuenta y razón de numerosos personajes femeninos que ocupan el centro de los relatos, ya sean históricos o legendarios. Sin embargo, la complejidad de la mujer romana solo puede comprenderse plenamente si, a ese legado textual, se suma una aproximación a la cultura material asociada al mundo femenino y a la producción artística que lo representó.

La mujer romana era, al mismo tiempo, objeto de amor y de temor, de deseo y de desprecio. Fuese una respetable matrona o una prostituta, una sacerdotisa o una emperatriz, era considerada inferior según las leyes y permanecía siempre como una menor, es decir, jurídicamente igual a los niños. Dependía en primer lugar de la autoridad de su padre y, si contraía matrimonio, de la de su esposo. De hecho, la palabra virtud (*virtus*) deriva etimológicamente de la palabra *vir*, que significa hombre. Siendo la virtud propia del ámbito masculino, se comprende por qué las mujeres fueron apartadas de la vida cívica.

A pesar del papel subalterno (fundamentalmente de madres y esposas) que cumplían según las leyes y costumbres, las mujeres protagonizan las representaciones, con frecuencia mitológicas, que se despliegan en los muros, en la decoración de terracota o en la pintura, las joyas, la pequeña estatuaria y los objetos familiares. Su presencia atestigua una nueva sensibilidad, muy alejada de la moral tradicional que las condenaba a moverse en la esfera privada. La mujer encarna desde ese momento principios positivos como la fertilidad, la prosperidad, la creación o el poder del destino. El sentir femenino aparece como más rico que el masculino y, en una sociedad más individualista, las relaciones entre hombres y mujeres se conciben como intercambios equitativos en los que se comparten deseos y poder.

Esta nueva sensibilidad no proviene solo del cambio estético surgido con la era de Augusto, sino también del nuevo espacio que las mujeres ocupan en la esfera pública. Las esposas de los emperadores no son las únicas mujeres influyentes: en todas las ciudades del Imperio hay mujeres que llegan a administrar fortunas y a encargarse de importantes ceremonias religiosas. Se demuestra así que la sociedad romana y sus condiciones de vida concretas fueron por delante de las leyes y las mentalidades.

La exposición gira en torno a los diversos contextos en los que se desarrolla la imagen de la mujer romana, así como en torno a los conceptos o personajes que se le asocian: desde la figura de la matrona, hasta su participación destacada en determinados cultos religiosos con una gran carga erótica; desde las musas, inspiradoras del espíritu, hasta Venus, imagen de la belleza y la seducción; desde las virtuosas Minerva y Diana, férreas defensoras de la virginidad y la virtud, hasta las monstruosas gorgonas y sirenas; desde las mujeres generadoras de vida, que personifican fuerzas y ciclos naturales, hasta las forjadoras de terribles tragedias y aciagos desastres como Medea o Pasífae.

A pesar de mostrar una visión múltiple y de base científica de la imagen de la mujer romana, la exposición parte de la convicción de que la historia y la arqueología siempre guardan sorpresas que demuestran que nuestra concepción del mundo antiguo es necesariamente incompleta y, en ocasiones, simplificadora. Sin duda, la mujer romana fue, en muchos aspectos, diferente de lo que de ella interpretamos a través de los vestigios de la decoración y el ajuar de sus casas. La Antigüedad sigue siendo una fuente inagotable de descubrimientos inesperados que perfilan y perfeccionan de manera progresiva nuestra visión del pasado y que nos permiten mirarlo en el espejo del presente.